

Enigmas del Mictlán - Conociendo al monstruo

Joel Lozada

Image not found.

Capítulo 1

CRÓNICAS DEL HUEHUE TUXI

CONOCIENDO AL MONSTRUO...

Estábamos los tres sentados a la mesa en aquel local. La delgada puerta resaltaba a lo lejos debido a las toscas letras escritas con pintura negra. Sobre el fondo blanco que coloreaba la casa, el simpático nombre del negocio se podía ver sobre el dintel desde la carretera: LAS VERDES MATAS. A un lado se leía en la pared: PULQUES FINOS y más abajo: FUNDADA HACE UN CHINGO. Aquella tarde apetecía una buena cubeta de curado de guayaba al que rendimos los honores mientras seguíamos a la espera de nuestros amigos.

—No entiendo para qué hemos venido acompañando a ese par. “Vamos a comprar una mascota” (se respondió a sí mismo imitando la aguda voz de Joaquín). Pudieron haber hecho como la gente normal. Buscar en la veterinaria de algún centro comercial de la ciudad... Pero no, esos dos gustan de hacerse los interesantes. Es cierto que por estos lugares el pulque es excelente, pero eso no justifica el capricho de hacernos manejar hasta estos confines —protestó Jesús, como era su costumbre.

—Brindo por eso —comentó Alfonso—. Además, ¿por qué tanto misterio? No creo que en ningún pueblo de los alrededores puedas comprar un elefante, o algún animal exótico. Todos nos hemos hecho con alguna mascota. Conocemos los nombres y la historia de cada una de ellas. Por eso opino que tanta reserva raya en lo absurdo.

—Joaquín estará aburrido —dije—, de encargarse con la cigüeña “algo” que le de qué hacer a María.

Ambos festejaron mi comentario con una buena tanda de risas seguidas por un brindis que terminó con el contenido de la cubeta.

Alejado a unos tres pasos, en una silla de mimbre recargada en las paredes del rincón, un anciano permanecía dormitando mientras sostenía casi por milagro una jícara de color ocre adornada con muescas al estilo tabasqueño. Con los ojos completamente cerrados y la boca entre abierta, parecían no molestarse con los zumbidos de las moscas alrededor de su cabeza. No se daba cuenta de que aterrizaban de cuando en cuando sobre el borde de su recipiente; lengüeteaban el pulque y luego subían por la camisa de manta bordada, hasta llegar a los surcos de su cara. Allí se aseaban con el afán propio de las moscas antes de reanudar su vuelo. Nuestras miradas divertidas permanecían atentas. Estábamos muy

seguros de que aquel anciano dormía la mona, pues le habíamos oído roncar unos minutos antes. El jicarero nos aclaró (mientras llevaba a nuestra mesa la segunda cubeta de curado), que el huehue Tuxi, como le llamaban, nunca se emborrachaba y aunque lo pareciera, no dormía sino pensaba.

El viejo durmiente era, después de las moscas, el espectáculo más interesante del lugar. Un hilillo de baba escurría por sus mejillas mientras que al respirar, el aire a través de su nariz producía un acompasado silbido. Echó la cabeza hacia atrás en el momento en que al fondo, se podía ver que llegaba nuestra pareja de amigos.

Antes de que pudieran decir nada, Jesús se adelantó hasta ellos y abrió sin cuidado la mantita color amarillo en la que María llevaba envuelta a su nueva mascota.

—Hay algo en este pueblo que vuelve loca a la gente. ¡Mira que hacernos venir con ustedes para comprar un tlacuache recién nacido! ¡Pero que horrible amasijo de arrugas han traído! —Levantó su vaso y bebió un sorbo—. Dan ganas de emborracharse de verdad —añadió mientras llenaba de nuevo su vaso.

—Si tuviera una remota idea de lo que es, podría dar una opinión informada, intervino Alfonso mientras echaba una ojeada curiosa en dirección del pequeño animal que en esos momentos dormía.

—Es un animalito que fue muy apreciado en la época prehispánica. Se lo enterraba con sus dueños fallecidos pues se creía que era el enlace entre el mundo de los vivos con el de los muertos. En las fiestas religiosas y antes de las batallas importantes, se los utilizaba como sacrificio propiciatorio. Además se cree que era utilizado como alimento y era criado especialmente para servirse en la mesa de los nobles aztecas—comentó Joaquín en un tono vacilante entre lo didáctico y melancólico que, desde luego, no logró conmover nuestros corazones endurecidos por el pulque.

—Ustedes, es que no saben nada de perros. —Chilló con horror María al escuchar las palabras de su esposo y mientras tomaba asiento y frotaba maternalmente a su cachorro, atacó—. Para que se enteren estúpidos, esta linda criatura ni es un bocadillo ni mucho menos un ser horrible. Es la raza más antigua de perros en América. Es el perro divino por excelencia. Compañero del hombre en la vida y en la muerte. Guía hacia el Mictlán... Es el perro de Xólotl, dios azteca del fuego y del inframundo—terminó de decir.

—Claro. Y ya vemos que te has aprendido de memoria la monografía del xoloescuinle que compraste en la papelería —dijo en tono burlón—.

—¡Shhhh!—interrumpió Jesús. Después me guiñó un ojo y habló con voz de presentador de televisión—. "Tenemos ante nosotros a un nuevo miembro del club de mascotas. Se llamará Ade. Tomen nota de ello caballeros: pueden escribir su nombre con siglas: A. D. (Aberrante Demonio), con "h" (de Hades) o bien con "a" de adefesio".

—¡No es más que un pinche perro espantoso y arrugado!—arremetí consiguiendo apenas contener la risa—, pero eso sí: muy "mexicano". Y ya saben amigos que lo mexicano en México, es lo que está de moda. Puede que sea un perro pelón mexicano auténtico. Puede ser. Sin embargo podría ser una más de mis pesadillas. Ustedes averígüenlo antes de que me despierte o peor aún, antes de que él- dije bajando la voz y señalando con el pulgar al perro-, se despierte y cobre conciencia, porque en ese caso adoptará su papel como "Monstruo de Xólotl". Deben resolverlo pero sin que él se entere de lo que están discuriendo... no queremos que esté en guardia.

Habíamos logrado hacer enfadar a María. Su cara ya se había puesto colorada cuando al abrir la boca para responder, tuvo que abrir aún más los ojos porque en ese momento se acercaba a ella el huehue Tuxi. Obviamente el hombre había estado oyendo toda nuestra plática y ahora se había levantado de su silla sin que nadie de nosotros lo notara, pues dábamos por hecho que seguiría en estado comatoso. Se aproximó a nuestra amiga con el propósito de mirar al perro, o por lo menos eso dio a entender con un movimiento del índice de su mano derecha. Tras una breve inspección el anciano dijo:

—Y lo malo para ustedes, señores... y señora, es que no saben nada de xoloescuincles. Nadie sabe nada. —Luego de mirar detenidamente a cada uno de nosotros para asegurarse de contar con toda nuestra atención, levantó su jícara para remojarse el gañote—. Ni siquiera los mismos xolos saben nada de xolos, comentó luego de secarse los bigotes. El jicarero le acercó con cortesía la vieja silla para que se acomodara. Ya se veía que aquel pulquero estaba más que acostumbrado a ver escenas como aquella. Así que el abuelo empezó a relatar:

—Yo no sirvo mucho para recordar fechas así que les baste con escuchar lo que les contaré sin importar el tiempo ni la estación o cualquier otra detalle:

“ En la época de la oscuridad absoluta—dijo el anciano—. Huitzilopochtli creó a sus dos hijos gemelos a quienes llamó Quetzalcóatl y Xólotl. Mientras uno anhelaba la perfección del espíritu, el otro deseaba con avidez experimentar todas las sensaciones carnales. Los dos hijos vivían encerrados en este mundo, ampliando su espacio a medida que su padre iba creando las demás cosas. Un día Xólotl murió accidentalmente a manos de su hermano y reencarnó en el cuerpo de un hábil alfarero. Se convirtió en un artesano muy rico. Quetzalcóatl murió tiempo después

pero en cambio, él renació convertido en huey tlatoani.

La fama del alfarero llegó a la corte. El gran Quetzalcóatl huey tlatoani ordenó al artesano la fabricación de una urna ceremonial que admirara a todo el mundo. Así fue como el señor de Mictlán elaboró una urna en que representaba dos animales fundidos en fraternal abrazo y unidos por el vientre. Llegado el momento de la presentación de su obra, el artesano fue conducido a la corte. Los nobles se deshicieron en halagos hacia la maravillosa obra del alfarero.

El gobernante recompensó ricamente al artesano y sólo al final de la reunión, sugirió que la pieza resultaría grandiosa si tan sólo los animales estuviesen separados uno del otro. Con toda humildad el alfarero prometió que para el día siguiente haría la modificación solicitada y la pondría a consideración del Gran Orador.

De camino a su hogar el artesano reflexionaba en las palabras del huey tlatoani. Las oía resonar una y mil veces en su cabeza de modo que para cuando finalmente llegó a su taller, tales palabras se habían convertido por lo menos en su mente, en desdeños amargos hacia su hábil y magistral obra. La ira se apoderó de su corazón y tomando una herramienta de obsidiana, asestó un golpe justo en la mitad de la urna. Los animales de arcilla cayeron apartados uno del otro.

Visos de su vida anterior se presentaron ante el alfarero. Él era Xólotl; el huey tlatoani su hermano Quetzalcóatl, quien siempre trataba de humillarlo. Miró hacia las figuras de barro que aún seguían vibrando sobre la mesa. Una idea se apoderó de su mente: venganza. Él sabía la mejor manera de hacerlo.

Al día siguiente Xólotl se presentó en la corte llevando consigo la urna propuesta por el huey tlatoani. La admiración que provocó su nueva obra resultó aún mayor que la del día anterior. Dos animales de brillante barro negro, uno a cada lado, custodiaban un incensario adornado con la figura de Huitzilopochtli. Xólotl persuadió al Gran Orador para que pasara la mano por el lomo de ambos animales. Cuando así lo hizo ambas figuras cobraron vida. La primera se presentó a la vista como un rechoncho animal de patas cortas, en cambio la otra figura era esbelta, estiraba su cuerpo y mostraba movimientos lentos y elegantes. A una señal de Xólotl, el rollizo animal se levantó en sus cuartos traseros, en cambio la otra criatura saltó al regazo del huey tlatoani y bajó de otro salto para enrollarse en sus piernas.

El gobernante maravillado con la obra se desvivió en halagos para el artesano. Inmediatamente ordenó que llevarán la figurilla que a su juicio era la mejor entre ambas, hasta sus aposentos.

Esa misma noche Quetzalcóatl se daría cuenta de que había elegido mal. El cansancio venció al rey y la figura de barro cobró vida para atacarle salvajemente. Los afilados colmillos de obsidiana cercenaban sin descanso hasta desmembrar al gobernante.

Por la mañana todos se enterarían de la tragedia pero nadie jamás sospechó la verdad. Así que la figurilla del xoloescuintle siguió ligada al destino de la casa real.”

El viejo terminó su relato y con evidente conocimiento abrió el hocico del cachorro:

—Este amiguito tiene el paladar muy negro, declaró sin emoción.

María no dejó de sostener a su nueva mascota. El paladar negro... ¿eso era bueno o malo? Pero el huehue Tuxi no aclaró más nada. Cerró los ojos tras acomodarse de nuevo en su vieja silla. Nuestras miradas hacía el cachorro ahora estaban llenas de suspicacia.

Ade, que en esos momentos despertó para echar una ojeada curiosa a todos los presentes, bostezó escandalosamente. Estiró su cuerpo elegante y esbelto. Luego sin prestar atención a nada volvió a dormirse.